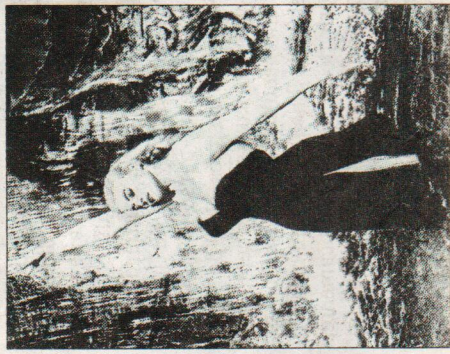


22 de septiembre

Saliendo del aeropuerto de Ciampino, que es también militar, el vehículo detiene unos segundos su marcha porque nos sorprenden las sirenas policiales del pequeño séquito del papa Francisco, que también acaba de llegar a Roma procedente de Cagliari, Cerdeña. En esa población y ante muchos jóvenes que le gritaban «Trabajo, trabajo», el papa ha decidido no leer el discurso que llevaba escrito y ha dicho, improvisando, que se siente fuerte, pero no Tarzán. También ha dicho algo más importante: «Sin trabajo no puede existir la dignidad. Mi padre partió de Italia hacia Argentina lleno de ilusiones. Co- nozco el sufrimiento de quien no tiene trabajo.» Ya en el hotel, ubicado en Via Veneto, me acerco a una ventana, pienso en la bufanda roja de Federico Fellini, en las exuberancias nórdicas y rubias de Anita Ekberg y descubro varios pinos ro-



Anita Ekberg en 'La Dolce Vita'.

manos en un parque vecino. Sé, pues, que mañana amaneceré muy romanamente.

23 de septiembre

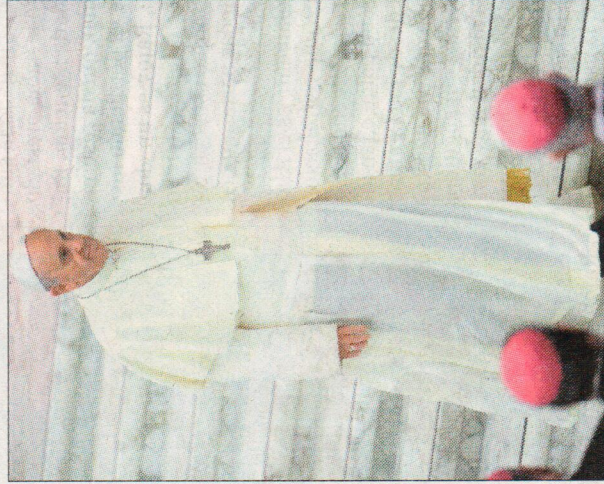
Llego al Instituto Cervantes en Roma. a la sala de actos que tiene

SIN ÁNIMO DE LUCRO / ARTURO SAN AGUSTÍN

Quizá algún día sepamos si es cierta la influencia que ha tenido y sigue teniendo el papa Francisco en algunas decisiones políticas. Hablo, por ejemplo, de la guerra en Siria y de algunos gestos iraníes. En Roma incluso la política se come y se cena mejor.

'Rigatoni democratici'

presentará la segunda edición de mi libro *De Benedic- to a Francisco. Una crónica vaticana*. Fue Sergi Rodríguez López-Ros, director del Cervantes en Roma, quien me invitó. Asomo la nariz y me tranquilizo: la sala está llena y entre el público descubro a Rossend Domènech, a quien le digo que estoy «prohibido» en *El Periódico*, diario del que él es corresponsal. Saludo al beneditino Manuel Nin, archimandrita y rector del Pontificio Collegio Greco di Roma. Y a José Antonio Bordallo, director de la Real Academia de España en Roma. Y a Jordi Pujol Soler, que está estudiando Teología. Y a monseñor Miquel Delgado, subsecretario del Pontificio Consiglio per i Laici y con quien este mediodía he com-



El Papa Francisco. / MAURIZIO BRAMBATTI / EFE

partido unos extraordinarios *rigatoni democratici* en la hostería Capodi Ferro, donde ejerce Paolo Lis- ci. Saludo también a una monja amiga que vive en el Trastevere. La presentación del libro la inicia Eduardo Gutiérrez Sáenz de Bu- ruaga, embajador de España ante la Santa Sede, que cita en catalán a Josep Pla y a Gaziell. El periodista y vaticanista Marco Tosatti, de La Stampa, el profesor de la Pontificia Università della Santa Croce. Mar-

24 de septiembre

El amigo Gian Maria Vian, direc- tor de 'L'Osservatore Romano', que es persona generosa y devota

tor de *L'Osservatore Romano*, Gian Maria Vian, son demasiado genero- sos con este cronista. Tras unas pa- labras de mi editor, Ignasi Moreta y de Sergi Rodríguez, recuerdo en voz alta a la filósofa María Zambra- no, que también vivió en esta ciu- dad y que da nombre a la bibliote- ca del Instituto Cervantes en Roma.

25 de septiembre

Me levanto, me asomo a la venta- na y la presencia de los pinos ro- manos me reconforta. Roma es muchas cosas. Entre ellas, una azo- tea, una mujer en bicicleta y unos pinos cercanos. Roma siempre me recompone. Mientras me aplico a la maleta, enciendo el televisor y lo que escucho me golpea el estóma- go y me olvido de mis pinos veci- nos. Un compañero, Marc Margi- nedas, ha sido secuestrado en Siria. La mala noticia me golpea el estó-

galo extraordinario, que comparto con mi editor, Ig- nasi Moreta y que consiste en visitar los museos vatica- nos y la capilla Sixtina acompañados por Sandro Barbagallo, historiador y crítico de arte que trabaja en el Departamento de Coleccio- nes Históricas de los Museos del Vaticano. Volver a visitar los apartamentos Borgia, ob- servar nuevamente a Lao- conte y sus hijos o el torso de Belvedere, esculpido por el ateniense Apolonio, hijo de Néstor o admirar otra vez la capilla Sixtina de Miguel Ángel, mientras Barbagallo cuenta aquello que igno- rabas es, sencillamente, visi- tar por primera vez todas es- tas maravillas.

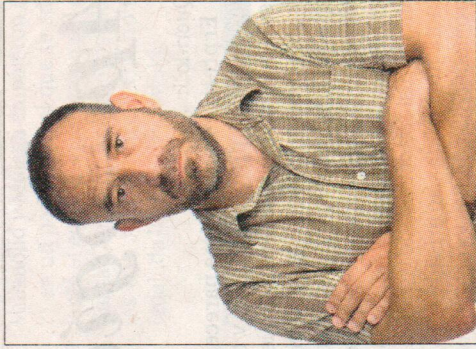
26 de septiembre

Ahora, regresar a Barcelona es querer huir de ella lo antes posi- ble. Sobre todo si uno intenta infor- marse. ¿Informar es apoyar reitera- da, machaconamente, sin compa- ñía, la propaganda política? ¿Y si los medios de comunicación ya no tienen lectores, oyentes o especta- dores? ¿Y si ya sólo tienen militan- tes?

27 de septiembre

El colega mallorquín Bartomeu Melis, conocido también como 'Meyme', me envía su libro *Gent nostra d'abans i d'ara*, que habla incluso de antiguos contrabandis- tas mallorquines. Y de ellos parece que los mejores eran los de Capde- pera, que es su pueblo. La ruta ha- cia Argel era una de sus especiali- dades. Sin libros que cuenten co- sas, como el de Bartomeu, ya no podría vivir en Barcelona. Sin li- bros que cuenten cosas todo sería

me extraña porque casi todos los periodistas que nos informan des- de los lugares en guerra tienen, ay, eso que los psiquiatras llaman «pul- sión de muerte».



Marc Marginedas. / EFE